

Alfredo Bryce Echenique

“En las novelas, aunque se use la realidad, se miente mucho”

El escritor peruano publica a los 81 años el tercer tomo de *Antimemorias*, titulado *Permiso para retirarme*. Una revisión de algunos años de su vida centrada en la “literatura, la amistad y el amor” que no es solo un aviso sino una profecía: asegura que es lo último que escribe.

Alberto G. Palomo

Desde un verano “que parece invierno”, acorralado por una pandemia de coronavirus indomesticable, Alfredo Bryce Echenique responde con calma al otro lado del teléfono. Está en Lima, donde nació hace 81 años, y sufre una restricción de horarios o ceremonias sociales que la gente se toma “con mucha informalidad”. No le preocupa demasiado: a su edad, dedica las horas a leer novedades (sobre todo de amigos, incide) o a releer clásicos. Un martes de enero, a una hora temprana en la capital peruana, está revisando *Fortunata y Jacinta*, de Benito Pérez Galdós. “Y acabo de terminar *Trafalgar*, por volver a los Episodios Nacionales”, apunta, para ilustrar la rutina.

El autor de *Un mundo para Julius* o *No me esperen en abril* ha culminado su trilogía de las denominadas *Antimemorias*. En este caso, con el título de *Permiso para retirarme*. En España acaban de ser editadas por Anagrama, aunque su publicación en Perú fue hace más de un año. Continúan los dos tomos anteriores —*Permiso para vivir*, de 1993, y *Permiso para sentir*, de 2005— en los que narró algunos de los episodios de su juventud o su madurez. En este caso, se centra en tres asuntos: la literatura, la amistad y el amor. Y lo encabeza con una cita que reza así: “Escribió, amó, vivió”. Es, ni más ni menos, el epitafio de unos de sus referentes: Henri Beyle, más conocido por su apodo, Stendhal. Al realista francés lo cataloga como “indispensable” por “los retratos tan hondos que traza en sus novelas” y le dedica un prólogo y un capítulo.

Quizás estos sean los últimos que escribe: después de este libro pretende dejar a un lado el oficio y centrarse en ese retiro que pide en el epígrafe. Sin embargo, está recopilando parte del intercambio epistolar con otros compañeros y compañeras para sacar lo que podría llamarse *Cartas desde la hondonada*. “Hay gente que me ha pedido no salir y he tenido que respetarlo”, arguye para justificar ciertas lagunas. Antes, le espera una promoción a distancia, con un clima estival enrarecido y con la imposibilidad de realizar algunas de sus actividades preferidas, como acudir a un bar o explorar viejas calles.

Tanto en esta obra como en las dos previas insiste en que “la gente escribe sus memorias estando ya tan vieja y con la muerte tan generalizada que apenas se acuerdan y le importan sus recuerdos. Como no sea para hablar mal de otros, por supuesto”. Después de tan larga trayectoria, ¿cómo se ve a sí mismo?

Hasta ahora, me funciona la cabeza felizmente. Recordar, para mí, siempre ha sido muy importante, tanto en las memorias como en las novelas o en los cuentos. Es una evocación. Muchas veces recorro al psicoanálisis y tomo lo de “antimemorias” de André Malraux. Él se refería a que, según esta terapia, la introspección produce tales monstruos y asociaciones del recuerdo que lo que solíamos denominar memorias se convierten en un género caduco. Yo tomo eso un poco a broma, aunque lo uso. Y digo que es mi último libro, pero he releído las *Memorias de ultratumba* de Chateaubriand y me están tentando.

Cita a Borges, que decía: “Mi relato será fiel a la realidad o, en todo caso, al recuerdo personal de la realidad, lo cual es lo mismo”. ¿Qué de mentira hay en unas memorias?

Hay bastante más verdad que en las novelas, donde se miente mucho. La mentira es la revuelta contra la verdad. Y yo aquí sí que he consultado ciertos recuerdos. Los he chequeado para ratificarlos, pero he seguido el mismo camino que en las otras dos. No he tomado ningún método distinto. Sigo prefiriendo la confesión a la confidencialidad. Por eso la verdad domina mis líneas. Y no tengo ningún miedo a lo que suceda. Al contrario: tenerlo sería un error.

¿Y eso de hacer recuento vital como ajuste de cuentas?

Sí, se da en ocasiones que se hacen las memorias con un motivo perjudicial. En mi caso, es lo opuesto: las tomo como un divertimento. Descarto las rencillas. No hay censura, aunque a veces recurra a la consulta para precisar. Nada más.

Una de sus máximas es que, para que duela menos, la realidad se corrige con fantasía.

No: se corrige más con humor. Así duele menos.



"Sigo prefiriendo la confesión a la confidencialidad", cuenta el escritor.

Medio siglo después de 'Huerto cerrado' o de 'Un mundo para Julius', ¿qué significa para usted la ficción?

Pues es algo que me fue difícil de desarrollar porque tuve la oposición familiar. Además, salí de Perú para escribir profesionalmente. Y luego me pasó algo curioso: escribía de mi país, pero estando fuera. Lo mismo que le ocurrió a Cortázar, que hablaba de Argentina desde París.

Allí llegó en 1964 para estudiar y se convirtió en autor. ¿Cómo fue ese cambio?

Bueno, en mi caso siempre fue a contracorriente de mi padre y mi madre. Ellos no querían que me dedicara a esto. Y según aterricé en París, me puse a escribir.

[Alfredo Bryce Echenique ha afirmado en diferentes ocasiones que tiene la sensación de que ha llegado tarde a todos los lugares. Encalló

en la literatura después de haber estudiado Derecho. Pisó la capital de Francia cuando su halo de bohemia estaba de capa caída, cuando ya no era una fiesta. Se encumbró en las letras latinoamericanas cuando el *boom* ya era *postboom*, según algunas etiquetas. E incluso acudió a la Cuba revolucionaria cuando sus predecesores retornaban de su instrucción en el contexto de la isla].

Resumió los temas de este libro como 'literatura, amistad y amor'. Aparte, ya ha declarado otras veces que siempre escribe sobre eso o sobre la enfermedad, la soledad o la felicidad. ¿Acaso hay otros asuntos?

Creo que, básicamente, son esos. No sé si hay otras tendencias, pero esos siempre se repiten.

¿Se considera nostálgico?

“En Perú se lee mucho de fuera y ahora los autores están bien representados. La vida literaria de Lima es bien armoniosa. No hay enfrentamientos”

Sí. Echar la vista atrás es muy bueno. Yo hablo mucho de amigos, de compañeros de colegio, de relaciones sentimentales, del descubrimiento del sexo... Y lo trato con nostalgia.

Una curiosidad es que las dos memorias anteriores se inician con varias citas y en esta solo hay una. Es el epitafio de Stendhal, que enumera “Escribió, amó, vivió”. ¿Cuánto más se vive, más se puede ir al grano?

Estas tres palabras sintetizan lo que significa todo. Y Stendhal para mí es un faro. Él inventaba lo que veía. Por ejemplo, tiene un libro de Sicilia y jamás estuvo allí. Y pasa con Malraux, que junta en sus novelas lo propio y lo ficticio y tienes que saber distinguir ambas cosas.

[Otra de las dimensiones inseparables de Bryce Echenique es la política. Pertenece a una familia de banqueros y su tatarabuelo, José Rufino Echenique, alcanzó la presidencia de Perú entre 1851 y 1855. A pesar de esos lazos nobles y de haberse formado en los centros educativos más selectos de la ciudad, decidió marcharse a París durante dos décadas. En 1984 se mudó a España y residió en Barcelona o Madrid de forma intermitente, con largas estancias en su país. Aquí afianzó su popularidad literaria con múltiples premios. Bryce Echenique cree que “son un impulso laboral y económico” pero lo mejor es “llegar sano a viejo”].

En algún momento de las memorias narra los noventa y describe el Perú como “violento y desordenado”. ¿Ha cambiado?

Ahora me parece que está en una situación estúpida. Predomina la corrupción, que está derribando Gobiernos. En abril arranca la campaña de las próximas elecciones, que serán en junio, y quienes están son asquerosos. Hay un Gobierno de transición que está tratando de hacerlo muy bien. Son gente honesta, pero van a chocar con las trabas del sistema.

¿Y cómo percibe la situación internacional, con discursos cada vez más feroces?

Hay mucha más confrontación. Espero a ver si hay una luz que nos salve de esa violencia.

¿Cómo ha sido en Perú el clima político hasta la actualidad?

Todo está trastornado. Fujimori fue un tirano, un criminal. Está acusado de esterilizar a 300.000 mujeres para evitar la población pobre, humilde. Anda preso, condenado. Pero la corrupción ha seguido. Toledo fue igual, también en un proceso. Y la hija de Fujimori, Keiko, lo mismo. Vuelve a ser candidata, pero no está bien en las encuestas. Sería su tercera derrota, gracias a Dios.

Usted ha residido en varios países y cuando ha regresado a Perú lo ha tenido que dejar. ¿Se considera un exiliado?

No, porque si no he venido antes es porque no he querido, no porque no haya podido. Quizás profesionalmente estaba fuera del país, pero en lo personal estaba desarrollando mi trabajo. Y echo de menos via-

jar por donde he estado, siempre en función de mis amigos. Tengo muy buenos amigos allá por donde estoy.

Julio Ramón Ribeyro es un autor del que habla a menudo. Insiste en que añora su humor. ¿Es importante para la literatura? ¿Se ha menospreciado?

Creo que es fundamental. Parece que los escritores lo pierden en cuanto se sientan. Creo que el humor está denostado. Y eso que no lo veo como una burla del cojo o del ciego, sino como una forma de representar mejor la realidad. De estar en la luz y en la sombra, sin ponerle un límite.

¿Quién lo utiliza ahora? ¿Se fija en sus compatriotas? ¿Hay diferencias con la época del ‘boom’?

Bueno, yo sigo a los actuales, como Santiago Roncagliolo o a Jaime Bayly. Y hay otro fabuloso que es Jorge Eduardo Benavides, con novelas realmente ejemplares. En Perú se lee mucho de fuera y ahora los autores están bien representados. La vida literaria de Lima es bien armoniosa. No hay enfrentamientos. Yo jamás he tenido problemas. Solo dije con ironía que Fidel Castro había separado el *boom* porque en aquellos años tenías que ser pro o anti-revolución.

Alude a su familia y cuenta lo que le enseñaron, a pesar de que la casa era bastante silenciosa. En su padre había mucha bondad, pero también era poco hablador. Las comidas, anota, eran como de franciscanos...

Mi madre era triste y mi padre era un tímido feroz. Hasta el peluquero decía que era imposible sacarle una palabra. Pero ambos influyeron en mí. Mi madre en mis lecturas, mi padre en las relaciones. Tenía dos hermanos enfermos, que les dieron muchos problemas con tratamientos aquí o en Estados Unidos, y mi padre lo llevó con grandeza. Mi madre con tristeza o nostalgia. Se refugiaba en las lecturas. Yo leí a Proust gracias a ella. Y luego les di el gusto de seguir sus caminos de Derecho hasta que me vine a Europa. Dejé la abogacía y me puse a escribir profesionalmente, algo que no aprobaron aunque hubiera hecho una tesis de literatura.

También se repiten en estas páginas los instantes vividos en los bares. ¿Qué significan estos lugares?

Son buenos para las relaciones humanas y para la creación literaria. Cuento una vez que iba buscando uno con García Márquez por Cartagena de Indias y yo veía uno tras otro. Quería pararme y él me decía: esto no son bares, son *lloraderos*. Eran para tomar copas en exceso, gritar, vomitar. Y queríamos otros más tranquilos para hablar. De esos no hay tantos en Lima. Está el del Country Club, donde se toma el mejor pisco *sour* del Perú, y el Olé, el único sitio con tortilla española.

En 2009 fue condenado a casi 42.000 euros por plagio y luego en la Feria Internacional del Libro (FIL) de Guadalajara hubo quien se opuso a que le dieran el premio. ¿Cómo lo recuerda?

El caso está cerrado. La fiscalía me absolvió absolutamente y no tuve conflicto personal, porque me apoyaron mis amigos [según un artículo del diario *El Comercio*, en 2015 se confirmó la sentencia y el 19 de julio del 2016 la Corte Suprema declaró improcedente un recurso de casación]. Solo me tocó buscar un buen abogado. En la FIL me otorgaron el premio sin haberme postulado. Y la oposición fue una campaña de alguna gente que salió en algún programa de televisión, pero yo lo viví muy tranquilamente.

Por último, y siguiendo el título de las “antimemorias”, ¿a quién le pide permiso para retirarse?

Probablemente a mi padre, a quien di mucho disgusto por ser escritor aunque antes practiqué como abogado. Ahora ya, por fin, no me planteo nada. Solo leer, releer, ver muchas películas y escuchar discos. De eso me encargo. Me la paso bien. ■